

EL INFIERNO

Por la mirada que lanzaba desde lo alto, por la posición de su cuerpo inclinado hacia él con las manos apoyadas en la cadera, por el pelo alborotado, y sobre todo, por el tono de voz, el niño sabía que su madre estaba furiosa, que como en ocasiones parecidas la mujer iniciaría un largo monólogo que él no se atrevería a interrumpir, ni siquiera con un llanto, pues sabía por experiencia que la respuesta sería una fuerte bofetada. Sentado en su silla, evitando cualquier movimiento, seguía atentamente las gesticulaciones de la mujer. Ignoraba la causa de este nuevo arrebato materno. Rápidamente pasó revista a todo lo que había hecho en el día. Aparte de un pequeño pleito con Andrés, durante el recreo, no encontró otra cosa mala que pudiera haber llegado a oídos de su madre. Ese día no rompió nada, no salió a jugar con los niños del vecindario, había respetado los pocos alimentos que se encontraban en la cocina. Revisó su ropa para encontrar alguna mancha. Nada. Fue entonces que pensó que la furia de la señora no podía achacársele a él, que pudo enojarse en su trabajo o en la calle, pero al escuchar de labios de la madre que era un mentiroso, y que a los mentirosos, y que además son rateros, al morir se iban derechos al infierno, supo que era él el culpable.. Recordó que cuando ella llegó preguntó por un billete de veinte pesos que estaba en la cocina. El dijo no haberlo visto.

Mentiroso, le volvió a gritar la madre, y con la mano amenazó al niño; ahora mismo me vas a decir dónde están esos veinte pesos y qué hiciste con ellos, como si fuera tan fácil ganar dinero, tú fuiste el único que entró en la

EL INFIERNO

cocina, ese dinero era para comprar la leche y el pan, ya suficientemente está todo de caro para que además se pierda el dinero.

Frase tras frase, sin darse tiempo más que a respirar, y menos aún para que Felipe, el niño, se defendiera, continuó su monólogo. Varias veces cambió de posición. Mientras hablaba recorría de un extremo a otro el cuarto miserable, apartando con el pie lo que le estorbaba. En breves pausas se sentaba frente al niño mientras lo miraba fijamente, para levantarse de nuevo y seguir hablando.

Pero no creas que te vas a quedar sin castigo, aparte de quitarte tus domingos durante este mes, vas a tener un castigo mayor. Aquí guardó silencio para aumentar la tensión del niño, mientras con un dedo señalaba al piso. Tu castigo será irte al infierno que está debajo de nosotros; ahí van todos los niños, que como tú, engañan a sus padres y roban lo que no es de ellos. Al infierno, repitió. Las llamas te quemarán una y otra vez por los siglos de los siglos. Ahí irás a hacerle compañía a tu padre, que de seguro estará pudriéndose en ese lugar y bien merecido que lo tiene. ¡De tal palo tal astilla! Los demonios estarán picándolo con sus lanzas igual que a todos sus compañeros. ¡Bola de holgazanes! Mario, en lugar de cumplir con su trabajo, con sus estudios, y sobre todo conmigo, que estaba ya por parirte, ahí va de mitotero. De nada me valieron súplicas y llantos. El, terco, jurándome que lo hacía para mejorar la suerte de los pobres, para que no volvieran a haber injusticias, que para que los jóvenes tuvieran libertades, que ahora sí, por fuerza el gobierno iba a tener que oírlos, y sobre todo tenía que cambiar; que iban a derrocar a ministros, y si no se les hacía caso, también al mismísimo presidente, que aquí sería otra Cuba, que se iban a terminar las empresas transnacionales, que los precios iban a bajar, que los derechos, que la justicia, que la solidaridad, que, que, que...

EL INFIERNO

¡Imbéciles! gritó, ¡ Comunistas!. Como si fuera tan fácil oponerse al gobierno. Sólo porque algunos obreros y unos pocos de estudiantes ricos los apoyaron se creyeron fuertes. Sólo risa dio eso de querer dialogar con el presidente en pleno Zócalo. Nada más a ellos se les pudo ocurrir. Como ovejitas fueron al matadero. Creían los muy idiotas que el gobierno, que el ejército, que los grandes capitalistas y hasta la iglesia se iban a quedar con los brazos cruzados mientras ellos los insultaban en periódicos, muros, panfletos y en la radio. ¿Pues qué creían? ¿ Que los militares eran de palo? A ver, díganme...¿Cuándo un presidente ha dialogado en público? Nunca de los nuncas. Ellos ordenan y nosotros obedecemos.

Ese día de octubre, repitió la historia que tantas veces su hijo había escuchado en el transcurso de sus ocho años de edad, como a las ocho de la noche, me vinieron a avisar que había ocurrido una balacera en Tlaltelolco, que el ejército y unos hombres llamados halcones dispararon contra los estudiantes, contra mujeres y niños y aún contra ellos mismos. Que los muertos sumaban varios cientos, que los que trataron de huir fueron muertos por balas disparadas desde un helicóptero, que a los prisioneros los iban a fusilar, que había estado de sitio en toda la ciudad. Yo no quise averiguar si lo anterior era verdad o no, lo que me importaba en ese momento era él, continúo, y tal y como estaba, sin siquiera tomar un saco para el frío, corrí a buscar un taxi. No fue mucho lo que avanzamos pues las calles estaban bloqueadas. Corrí, a pesar de mi avanzado estado de embarazo, y cuando desfalleciente llegué a la zona, unos soldados me impidieron el paso. Furiosa traté de caminar otro poco pero de un aventón me tumbaron al suelo; cuando intenté hacerlo de nuevo, no solamente me empujaron, sino ya caída, me amenazaron con subirme a un camión y llevarme presa. Pasé horas caminando por los alrededores, interrogando a testigos, preguntando a cualquier joven si

EL INFIERNO

había visto a mi marido. Ya en mi casa lloré y grité el resto de la noche. Los vecinos me aseguraban que los muertos eran muy pocos, que al día siguiente tu padre aparecería.

En efecto, los periódicos del día siguiente hablaban de esos pocos muertos agregando que también habían heridos y detenidos. Aclaraban que la culpa fue de los estudiantes por atacar a los soldados que habían ido a cuidar el orden .

Días eternos los pasé del Hospital Militar al Campo Número uno, de la Cruz Roja a la Verde. ¿ Sabes lo que es eso? Preguntó al niño asustado. Sin esperar contestación prosiguió. Acudí a casa de sus compañeros, varios de ellos desaparecidos también. Tres días después, uno de ellos, me aseguró que Mario estaba muerto, que lo mataron por la espalda, que su cadáver fue llevado en una ambulancia de la Cruz Roja, que no lo siguiera buscando pues corría el riesgo de que me apresaran. Nunca pude recupera el cadáver, ni siquiera supe dónde lo enterraron.

Ese día tú naciste, le dijo en voz muy baja, y la verdad que me importó muy poco saber si vivías o no. El parto fue prematuro y complicado, tuve que permanecer ocho días hospitalizada. Mi pensamiento se ocupaba sólo de él, pensaba y volvía a pensar cómo hubiera podido evitar su muerte, por ejemplo, impidiéndole, con algún pretexto, que fuera al mitin ese día; le pude haber dicho que me sentía muy mal, que iba a abortar o algo parecido. Pero lo dejé ir...

Los médicos, y sobre todo las enfermeras, me impidieron leer cualquier periódico ya que primer día que lo hice tuve un fuerte ataque de nervios; cuando me dieron de alta me pregunté, con terror, como poder llegar a mi casa llevándote en brazos. Pensé que la ciudad estaría, por fuerza, en estado de sitio, que el pueblo ya se habría levantado en armas, que íbamos a correr el

EL INFIERNO

riesgo de que nos dieran un balazo al caminar por las calles. No quería exponerte.

Ya en la calle vi, efectivamente, gente que corría de un lado a otro. Pensé que llegaba el ejército a disparar de nuevo. Busqué con la mirada dónde podríamos escondernos. Pero no, eran miles de hombres y mujeres festejando los juegos olímpicos. Bandas y cartelones anunciaban el magno espectáculo. Todo era felicidad y belleza. De lo ocurrido en Tlaltelolco nada. El pueblo de México lloraba a lágrima viva, abrazado uno al otro, no por los muertos, lloraban por el triunfo de un nadador. Eso sí era una hazaña gloriosa. La clausura de los juegos fue apoteótica, todo el pueblo mexicano despedía con música, sombreros y lágrimas a los participantes.

Para no morir de hambre tuve que trabajar de sirvienta, dijo con encono, después trabajé de vendedora de puerta en puerta, aguantando los insultos de las mujeres que me abrían o escapando de los hombres que me querían meter a sus casas. Eso sí, nunca, y que se te quede bien grabado, nunca acepté ganar dinero que no fuera por mi trabajo. Siempre podrás llevar la frente alta cuando hablen de tu madre. Al fin pude conseguir el puesto que tengo en la fábrica y con el que más mal que bien vamos viviendo.

Y así me pagas tú todo lo que he hecho, le dijo, robándome, engañándome. Nuevamente gritó: ¡ Qué desgraciada soy!

La mujer se deshizo en llanto, buscó su pañuelo en la bolsa del mercado, no pudo contener un grito al encontrar, arrugado, el billete de veinte pesos. Durante largos minutos ninguno de los dos dijo una palabra, los dos observaban el billete que la madre desarrugaba con sus manos. Ella volvió a llorar, y después de guardar el billete en su delantal, tomó en sus brazos al hijo. Perdóname, mi cielo, le dijo, ya no sé qué me pasa, ahora me acuerdo que yo misma metí ese dinero en la bolsa; creo que ya estoy loca, pero

EL INFIERNO

compréndeme, suplicó, todo el tiempo metida en esa fábrica sin hablar con nadie, con ese maldito ruido que te llega al alma, sin saber lo qué tú haces durante el día, sin dinero. Hace rato, añadió, te hablé del infierno, pero ese no existe, son puros inventos de la iglesia para dominarnos. El infierno, el verdadero, es el que vivimos. Infierno son las cárceles, infierno los países donde se padecen hambre y enfermedades, infierno la lucha de los hombres por tener más o ser más. Infierno es el engaño, la violencia, el robo, la contaminación, la envidia , el odio y la injusticia con los que vivimos rodeados. Tu padre dio la vida por querer corregir todos estos males. Es posible que estuviera equivocado, pero lo cierto que fue una persona honrada y llena de ideales. Ahora escúchame bien, le rogó, lo que te voy a decir quizá me pese después, pero no importa; quiero que cuando seas grande sigas los pasos de él, de tu padre, que seas honesto como él, que luches por mejorar al país. Quiero que te reveles contra la injusticia, quiero, en fin, que seas hombre de verdad como lo fue tu padre.

Mientras, acariciaba a su hijo, las lágrimas de ambos se confundían. Se secó los ojos, miró fijamente al niño y exclamó ¿ Me perdonas, mi cielo, verdad que me perdonas?

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999